

# El golpe de QAnon: histeria y conspiración en el fin del mundo

Via [Punto Rojo](#)

En los pasillos del Congreso, los demócratas están intentando (o al menos fingiendo un intento) forzar una investigación sobre el motín del 6 de enero, en el que partidarios de Trump invadieron el edificio del Capitolio de Estados Unidos. Muchos en la izquierda ven correctamente este paso como una pieza de teatro político diseñado para apaciguar simultáneamente su base y generar una justificación para una mayor expansión del estado de seguridad nacional. Sin embargo, a pesar de la ridícula farsa de los partidos capitalistas, no hay nada de frívolo en el motín o la horda de fanáticos teóricos de la conspiración "QAnon" que lo engendró. Los hechos del 6 de enero auguran el surgimiento de una nueva derecha radicalizada que la izquierda debe estar preparada para combatir.

## Síntomas mórbidos

*El viejo mundo está muriendo y el nuevo mundo lucha por nacer: ahora es el momento de los monstruos.*

*(Antonio Gramsci)*

El 6 de enero de 2021, la mafia de derecha abrumó a la policía federal y asaltó el edificio del Capitolio de EE. UU. El caos provocó cinco muertes, incluido un oficial de policía al que le golpearon la cabeza con una boca de incendios y una mujer de la mafia que recibió un disparo de la policía. El objetivo de los aspirantes a insurrectos, detener la certificación de los resultados de las elecciones que muestran a Joe Biden como

el ganador y Donald Trump como el perdedor, por supuesto, fracasaría por completo. Nunca fue una crisis existencial para el orden constitucional en los Estados Unidos, al contrario de lo que algunos de los expertos liberales más histéricos quieren hacernos creer. Por otro lado, el 6 de enero marcó la primera vez desde 1812 que la sede del poder estadounidense fue amenazada. Demostró que estamos en medio de un período como el que no hemos visto desde los levantamientos de 1968; solo que esta vez, la mayor parte del impulso está en la derecha.

Las imágenes de este evento fueron absurdas, rayanas en lo fantástico. La protesta-insurrección contó con todos, desde un autodenominado «chamán» con pintura facial y un tocado al estilo vikingo, hasta milicianos con equipo táctico completo preparados con cordones para hacer «arrestos», hasta jubilados de apariencia perfectamente ordinaria filmando verticalmente en sus teléfonos celulares. La apariencia incongruente de los participantes fue igualada por sus extravagantes opiniones. Estaban unidos por una sola teoría de la conspiración: que el recuento de votos había sido manipulado contra Trump. Al acecho detrás de esta singular creencia había muchas hipótesis más complejas y absurdas. El principal de estos puntos de vista fue el fenómeno QAnon.

Los hechos del 6 de enero auguran el surgimiento de una nueva derecha radicalizada que la izquierda debe estar preparada para combatir. Según los partidarios del movimiento QAnon, un importante asesor de Trump (o tal vez el propio Trump) está usando el seudónimo Q para filtrar información al público sobre las batallas encubiertas de Trump contra una camarilla secreta de pedófilos que controlan el mundo hasta que Trump fue elegido, o están tratando de controlar el mundo; los detalles no son particularmente claros. Esta teoría de la conspiración se convirtió en todo un universo para sus seguidores más fervientes. La teoría del “Pizzagate”, según la cual las élites de DC

violan y / o comen y / o sacrifican ritualmente a niños en el sótano del restaurante Comet Pizza, se ha incorporado al sistema de creencias de QAnon. Muchos partidarios de QAnon creen que las fotografías presuntamente pedófilas han sido arrestadas y ejecutadas o enviadas a la Bahía de Guantánamo y reemplazadas con hologramas o clones, y que John F. Kennedy Jr. está secretamente vivo y apoyando a Trump como Q.

La pura ridiculez de estas afirmaciones dificulta que sus oponentes respondan. Algunos comentaristas se fijan en los detalles de estas teorías de la conspiración: si solo pudiéramos luchar contra estas malas ideas, demostrar que son falsas, entonces podríamos desactivar el peligroso movimiento que se ha construido a su alrededor. Otros simplemente los descartan: “Los alborotadores del Capitolio eran unos locos marginales. Por supuesto que lo que pasó es trágico, pero no tiene sentido pensarlo mucho a expensas de cuestiones políticas más importantes”.

Ambos enfoques son insuficientemente dialécticos. Cualquier buen marxista sabe que el motor principal de la historia es la lucha de clases, no las ideas que brotan de la superestructura ideológica. Pero aunque las ideas nunca son completamente autónomas de la economía política, pueden tener efectos discretos. Más importante aún, estudiar estas ideas (por absurdas que sean) puede revelar cómo la interacción de las fuerzas de clase está afectando la conciencia popular y proporcionar una perspectiva estratégica más completa para la intervención política.

### **La conspiración detrás de la teoría**

*La forma que suelen adoptar las teorías de la conspiración en el imaginario popular es el control social por parte de un pequeño grupo de poderosos que ejercen una influencia secreta. Inconvenientemente, esta es exactamente la forma en que funciona el mundo.*

*(Shuja Haider)*

La reciente serie documental de HBO QAnon: Into the Storm recibe críticas por su enfoque para descubrir quién es el verdadero Q. La página web 538 dice «El documental es víctima de este tipo de mentalidad de resolución de acertijos y búsqueda de patrones que es tan frecuente entre los seguidores de Q». NBC es aún más punzante: “La propia credibilidad [del cineasta] Hoback se beneficiaría de menos escenas que complazcan a los conspiradores: Su agarre a las pajitas, que forma la base del fandom de Q, es recordado con incomodidad por los propios esfuerzos de Hoback en la película para identificar a Q... En algún momento de las seis horas, deja de estar claro dónde termina Hoback y comienzan los teóricos de la conspiración».

Hay algunos problemas con este argumento. La cuestión más obvia es que niega funcionalmente la existencia de conspiraciones reales, cuya realidad es fácilmente evidente. Los respectivos autores de no dicen rotundamente, «las conspiraciones no existen». Pero al descartar la supuesta «mentalidad de resolución de acertijos y búsqueda de patrones» del cineasta o al condenar el «complacer a los conspiradores» del cineasta (léase: entrevistar a los sujetos de su película), su argumento condena a priori cualquier intento de descubrir o explicar tramas secretas, cómo funcionan o quién está detrás de ellos. Si esta actitud fuera adoptada al por mayor, no sabríamos acerca de los intentos de programas de control mental de la CIA, acerca de los eventos fabricados en el Golfo de Tonkin que condujeron a la Guerra de Vietnam, el Asunto Irán-Contra, el falso testimonio que impulsó la participación de Estados Unidos en la Guerra del Golfo.

De hecho, incluso las extravagantes afirmaciones de la conspiración de QAnon no están tan lejos de la verdad. Sabemos por los detalles emergentes del caso Epstein que las celebridades, los políticos y los ultra ricos están de hecho conectados a una red secreta de pedófilos. QAnon simplemente

se equivoca en los detalles: la guarida secreta está en una isla privada, no en una pizzería, y Donald Trump es un buen amigo del pedófilo principal, no de su archienemigo.

Lo que hace que la posición de negación de la conspiración sea casi ridícula es que, en el caso específico de QAnon, sabemos que algo encubierto está sucediendo: alguien o algún grupo está publicando como Q, y el público no sabe quién es. No se requieren suposiciones paranoicas sobre complots omnipresentes para investigar quién está exactamente detrás de tal esquema. La réplica inevitable de las críticas es la siguiente: Sí, hay algo por descubrir, pero eso realmente no importa. Lo que está en juego son las implicaciones sociales más amplias; obsesionarse con exponer a los culpables es la mentalidad de un conspirador. Esta es una propuesta más sofisticada, pero en última instancia, confunde la cuestión más amplia que supuestamente quiere aclarar. Resulta que una lectura atenta del círculo íntimo de QAnon, una galería de pícaros capitalistas cuasi legales, operativos del Estado profundo y demagogos de derecha, revela mucho sobre la dinámica actual de la extrema derecha resurgente.

Cualquier afirmación sobre la verdadera identidad de Q dependerá en última instancia de algunas especulaciones, pero el caso contra el dúo de padre e hijo Jim y Ron Watkins, los sospechosos centrales de QAnon: Into the Storm, es bastante sólido. Poseen y tienen el control personal exclusivo sobre el único sitio web en el que Q publica, 8Kun (anteriormente conocido como 8Chan). Incluso cuando 8Kun estuvo fuera de línea durante varias semanas, Q nunca publicó en ningún otro lugar. A pesar de afirmar ser apolíticos, los Watkins no pueden evitar revelar a lo largo de la película que comparten la política de derecha de Trump y Q, además del hecho de que Jim Watkins fundó el sitio web de derecha de tráfico de conspiraciones llamado «The Goldwater». Jim tiene una

colección de relojes y bolígrafos caros; los mismos elementos Q presenta en sus publicaciones. De manera crucial, al final del documental, después de los disturbios en el Capitolio, Ron dice que planea comenzar a compartir públicamente la «investigación» sobre varias conspiraciones que había publicado previamente de forma anónima en 8Kun.

Esta revelación se produce después de negar no solo la participación política, sino incluso cualquier participación en el sitio web a través de múltiples entrevistas que tuvieron lugar a lo largo de más de un año. Q no ha vuelto a publicar desde esa última entrevista. Por fascinantes que sean los personajes principales de la película, las figuras que se asoman en el fondo quizás merezcan una atención aún más cercana. El propio presidente Trump impulsó las cuentas de QAnon en Twitter, se negó a denunciar la teoría de la conspiración durante múltiples entrevistas e incluso pareció usar un lenguaje inspirado en Q como un “guiño-o-no-guiño” a sus partidarios más extremos.

El ex asesor de Trump, Steve Bannon, estuvo en contacto con los Watkins durante el período en el que Q publicaba en su foro. Su abogado representó a los Watkins cuando 8Kun fue criticado por albergar contenido extremista, e incluso pudo haber ayudado al abogado con una suma de \$ 14.088 (una cifra asociada con el neonazismo). El general de tres estrellas y asesor de Trump, Michael Flynn, apoyó abiertamente a QAnon. Quizás lo más significativo es que el general de división retirado del Ejército de los EE. UU. Paul Vallely sintió que los representantes compartían «información» (teorías de conspiración infundadas) con blogueros y youtubers populares de QAnon. Vallely es el autor de un artículo titulado “From PSYOP to MindWar: The Psychology of Victory”, un manual para campañas de desinformación militar.

Independientemente de si alguna de estas personas ha publicado alguna vez bajo el nombre Q, su conexión demostrable con el

fenómeno pinta un cuadro de actores estatales que colaboran con elementos fascistas de la burguesía que operan al margen de la ley para conmover a los blancos de clase media en un violento frenesí. Este es un avance significativo, que no se debe a tópicos sobre los peligros de las noticias falsas o al recurso a las generalizaciones cansadas sobre la psique estadounidense en ensayos en espera como «El estilo paranoico de la política estadounidense».

Aunque la gran mayoría de la clase dominante y el estado capitalista están horrorizados por QAnon e incluso por el trumpismo dominante, ciertas secciones han decidido claramente apoyar esta ideología altamente irracional (incluso antirracional) asociada con algunos de los personajes más sombríos imaginables. En QAnon, la bilis de la ira pequeñoburguesa se ha combinado con el acceso ilimitado a los medios y el respaldo oficial de las alturas del poder político para producir las semillas de una nueva ideología esotérica para la reacción estadounidense.

### **De la convención de payasos a los campos de concentración**

*“Nunca crea que los antisemitas desconocen por completo lo absurdo de sus respuestas. Saben que sus comentarios son frívolos, abiertos al desafío. Pero se divierten, porque es su adversario el que está obligado a usar las palabras con responsabilidad, ya que creen en las palabras. Los antisemitas tienen derecho a jugar. Les gusta incluso jugar con el discurso porque, dando razones ridículas, desacreditan la seriedad de sus interlocutores. Les encanta actuar de mala fe, ya que no buscan persuadir con argumentos sólidos, sino intimidar y desconcertar. Si los presionas demasiado, se callarán abruptamente, indicando altivamente con alguna frase que el tiempo de la discusión ha pasado.*

*(Jean-Paul Sartre)*

Vale la pena volver a Jim y Ron Watkins. Su posición de clase

podría describirse mejor en términos marxistas como lumpenburguesa, esa sección de la burguesía que existe fuera o al margen de la ley, excluida de los círculos sociales que normalmente estarían asociados con su clase debido a su falta de respetabilidad. Antes de comprar 8Kun (8Chan en ese momento), Jim ganó su primer gran dinero evadiendo las leyes de censura japonesas al producir pornografía sin censura en Filipinas a la que los espectadores japoneses podían acceder. Su personaje en pantalla es el del bromista que cobra vida. Durante la mitad de su aparición en el documental, luce un absurdo bigote de manillar. Le dice a la cámara mentiras obvias sobre su política o su conocimiento de Q y luego se ríe como si estuviera compartiendo una broma interna. Aparece en su audiencia en el Congreso con un pin Q y calcetines de pizza, y hace bromas sobre cómo no se ha cepillado los dientes para disgustar a sus interrogadores.

Su hijo Ron, la mayor parte del tiempo, pone una cara más seria. Proyecta misterio: hasta 2020, es casi imposible encontrar algo de su historia en línea. Cita a Sun Tzu y habla de su entrenamiento en artes marciales (frenéticamente menos que impresionante). Pero luego muestra su muñeca sexual recién comprada e intenta llevar al cineasta a «Soapland», esencialmente un salón de masajes sensual. Tanto el padre como el hijo insisten continuamente en que son apolíticos, que no saben nada sobre Q, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar sus conexiones con QAnon o su participación en la política de derecha. Cada uno de ellos parece comportarse deliberadamente como caricaturas de sí mismos.

Estas características perversas no son solo rarezas tontas. Son herramientas del arsenal fascista. Sin los límites de los dictados de la razón o el decoro, los proveedores de teorías de conspiración reaccionarias son libres de inventar o insinuar las historias más lascivas imaginables. Para su audiencia, no importa si el argumento tiene sentido racional, porque coincide con su percepción de un tejido social en



desintegración a medida que el capitalismo aplasta a la clase media. Más importante aún, justifica su trayectoria política ya establecida hacia una política explícitamente supremacista blanca, eugenista y antidemocrática como un medio para asegurar o restaurar su propio estatus de clase.

Más importante aún, justifica su trayectoria política ya establecida hacia una política explícitamente supremacista blanca, eugenista y antidemocrática como un medio para asegurar o restaurar su propio estatus de clase.

Históricamente, la gran burguesía ha tenido que confiar en personajes y métodos como estos para realizar su trabajo sucio. El ejemplo más obvio de esto es el de la Alemania nazi. Las grandes empresas superaron su distanciamiento por la crudeza de Hitler y abrazaron al nazismo como un garrote contra la clase trabajadora, el comunismo y el capital extranjero por igual. Desde el punto de vista del capital, el antisemitismo nazi era un exceso ideológico que escapaba de los límites de la "misión real" del fascismo de destruir el movimiento obrero e incluso obstaculizar el esfuerzo bélico. Pero este exceso ideológico era esencial para movilizar a las masas populares que el capital necesitaba para cumplir su tarea subyacente. Esto no lo pudieron lograr los representantes «respetables» de la burguesía.

Solo alguien como Hitler, payaso como era, podía aprovechar su propia rabia con la suficiente autenticidad para captar los sentimientos de las clases medias proletarizadas y los proletarios desclasificados que se unían en torno al partido nazi. A través de la lente de esta historia, podemos ver un padrón algo familiar, pero aún incipiente, emergiendo con QAnon. Para los nazis, la «gran mentira» que movilizó a las masas contra todos los enemigos del capital alemán fue el mito de la «puñalada por la espalda»: que los judíos, los comunistas y las finanzas internacionales habían traicionado la  
causa alemana en la Primera Guerra Mundial y conducido a su

derrota y humillación en el escenario mundial. En esta narrativa, los judíos son lógicamente necesarios como tejido conectivo entre dos grupos (comunistas y capital financiero) que de otro modo parecerían enemigos naturales.

En los Estados Unidos de hoy, está surgiendo un padrón similar. El nuevo consenso sobre la derecha ha surgido en torno a despreciar al capital extranjero (especialmente chino), los inmigrantes y los movimientos por los derechos civiles. QAnon une todos estos hilos identificando a los liberales y a los líderes de las grandes empresas como si fuesen los titiriteros que mueven los hilos de las masas negras y morenas para crear un caos social y encubrir sus nefastos actos. Las acusaciones de fraude electoral masivo allanan el camino para una restricción del sufragio, eliminando el problema de lidiar con inmigrantes de clase trabajadora y negros en las urnas.

En su mayor parte, incluso los medios de derecha todavía no tocarán a QAnon explícitamente, pero sus ecos han llegado a la corriente principal. En 2020, el movimiento "Salvemos a nuestros niños" floreció, cuando decenas de miles salieron a las calles contra la trata de niños, basándose en la absurda afirmación, respaldada por QAnon, de que 800.000 niños al año desaparecen. Después de que el polvo se asentó el 6 de enero, publicaciones conservadoras respetadas han comenzado a pedir abiertamente que se restrinja la franquicia. Los políticos republicanos y los expertos conservadores insinúan que las grandes empresas conspiran contra Estados Unidos cuando adoptan una postura (performativa) contra las leyes de votación racistas. Es posible que «Q» nunca regrese, pero la política estadounidense continúa por el camino que recorrieron.

### **Profecía pospuesta**

*«La sociedad se salva con la misma frecuencia que el círculo de los contratos de sus gobernantes, ya que se mantiene un*

*interés más exclusivo frente a otro más amplio. Toda exigencia de la reforma financiera burguesa más simple, del liberalismo más corriente, del republicanismo más formal, de la democracia más superficial, es simultáneamente castigada como un «atentado contra la sociedad» y estigmatizada como «socialismo». Y finalmente, los mismos sumos sacerdotes de «religión y orden» son expulsados con patadas de sus trípodes pitianos, sacados de sus camas en la oscuridad de la noche, metidos en camionetas de prisión, arrojados a mazmorras o enviados al exilio; su templo es arrasado, sus bocas están selladas, sus plumas rotas, su ley hecha pedazos en nombre de la religión, de la propiedad, de la familia, del orden. Los fanáticos burgueses del orden son derribados en sus balcones por turbas de soldados borrachos, sus santuarios domésticos profanados, sus casas bombardeadas para divertirse, en nombre de la propiedad, de la familia, de la religión y del orden.»*

*(Marx, XVIII Brumario de Luis Bonaparte)*

Habiendo investigado la ideología que impulsa a los alborotadores, deberíamos volver a los acontecimientos culminantes en cuestión. ¿Cuál es el significado del 6 de enero? Según algunos demócratas, fue un evento catastrófico que amenazó con derrocar nuestra democracia. A pesar de esta retórica histérica, el partido se ha negado a formar su propio comité de investigación en el Congreso sin la participación de los republicanos, el mismo partido que, según ellos, intentó destruir la república hace apenas 6 meses. Muchos en la izquierda han respondido a esta ridícula hipocresía descartando la importancia de los disturbios por completo: «Eran sólo unos locos, raros suburbanos alborotados sin ningún plan, no hay mucho que ver aquí». Esta descripción de los alborotadores es probablemente más correcta que la de algunos demócratas a quienes les gustaría pintarlos como terroristas empedernidos. Pero el hecho de que esta colección de imbéciles sin forma se

movilizara de una manera nueva no es poco importante.

Los asaltantes del Capitolio del 6 de enero respaldan universalmente la política de «ley y orden». Y, sin embargo, los acontecimientos del día oscilaron entre episodios de violencia aterradora y una especie de suspensión carnavalesca, pero básicamente inofensiva, de las reglas ordinarias. Sería fácil decir algo barato aquí sobre la ironía-hipocresía de todo el espectáculo. En cambio, debería hacerse una observación mucho más significativa: habiendo llegado a su destino, los llamados insurrectos no sabían qué hacer. Desfilaron por los pasillos. Pusieron los pies en el escritorio de Nancy Pelosi. Robaron algunos recuerdos. Unos pocos mancharon con heces humanas alrededor del edificio. Los más serios intentaron encontrar y secuestrar a congresistas, pero en su mayoría, tomaron selfies o transmisiones en vivo para sus amigos en línea. Este fenómeno es en parte una extensión de la política de Q.

Las teorías de la conspiración, por su propia naturaleza, pueden tener un aspecto pacificador. Si todo sucede en las sombras, entonces la política de masas está obsoleta. Durante la mayor parte del ciclo de vida de Q, esto se hizo explícito. Trump ya estaba detrás de escena acorralando a los pedófilos. Los seguidores de Q simplemente tenían que, como dijo una “gota de Q”, “Agarrar unas palomitas de maíz. Disfruta el espectáculo.» Una política basada puramente en esperar a que un líder con aspecto de profeta elimine de manera encubierta al enemigo nunca podría haber llevado a una acción directa bien pensada y efectiva.

A pesar de esta tendencia parcial, QAnon demostró claramente una capacidad para movilizar a la gente, o de lo contrario no habrían llegado al Capitolio en primer lugar. Q fue un eficaz punto de reunión para toda la furia de la clase media blanca estadounidense. Con las luchas por la inmigración y los derechos de voto aún en curso, una crisis climática aún mayor que se avecina en el horizonte y una competencia global cada

vez mayor en el mercado mundial, esa rabia latente solo crecerá hasta hervir. En nombre de la "ley y el orden", las fuerzas que acudieron al Capitolio en enero solo recurrirán a métodos cada vez más violentos y extremos. Aunque la represión policial contra ellos los ha hecho retroceder, su número crecerá a largo plazo.

En enero, el antiguo profeta de QAnon, Donald Trump, los abandonó. Les dio sus órdenes de marcha hacia el Capitolio, diciendo que los guiarían, y luego los dejó a su suerte. Después de tuitear su apoyo durante un tiempo, incluso esta escasa solidaridad se desvaneció cuando les dijo a los alborotadores en Twitter: «Es hora de irse a casa». En última instancia, su cobardía y su instinto de autopromoción y autoconservación superaron su compromiso con la política de derecha. Pero todo el espectáculo fue solo un simulacro. En el futuro, surgirán líderes más comprometidos que adoptarán la misma política con un nuevo nombre.

Los remanentes de QAnon ya se están incorporando al conservadurismo convencional. El 16 de abril, se filtró un documento de plataforma para un grupo del Congreso de ultraderecha "America First", encabezado por la abierta partidaria de QAnon, Marjorie Taylor Green. La ideología que anima a esta plataforma se basa en el mito del "Gran Reemplazo": la idea de que las élites están reemplazando a los blancos en Estados Unidos por inmigrantes pardos y criminales negros. Este mito se cruza directamente con la conspiración de QAnon sobre el fraude electoral masivo que reemplaza los votos (blancos) de Trump con votos ilegítimos, donde "ilegítimo" cubre los votos supuestamente fabricados, así como los votos de inmigrantes y personas de color. A pesar del papel torpe de este documento, y el posterior retroceso de Taylor Green, representa un plan para un nuevo consenso de derecha en la era posterior a Trump.

El derecho a la conspiración ya no es solo un espectáculo de monstruos en línea. Ha hecho sentir su presencia en las calles

y ya no puede ser ignorada. No es suficiente simplemente exponer la falsedad de sus afirmaciones o someterlos al ridículo. De hecho, la noción de que «exponer la verdad» en sí misma es suficiente para cambiar el equilibrio de la política es uno de los principales defectos del pensamiento conspirativo. Tampoco podemos confiar en que las instituciones del poder estatal vengán a rescatarnos. En cambio, la izquierda, y cualquiera que apoye la democracia, debe desarrollar la capacidad para combatir esta amenaza reaccionaria con acciones reales.